

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 22 DE MARZO DE 1931

NUM. 12



HUESPEDES DE INVIERNO

HUESPEDES DE INVIERNO

El invierno ha llegado con toda su crudeza; en los países del norte, sobre todo, la nieve cubre durante largo tiempo con su blanco manto los antes verdes y floridos campos.

Los días son de prueba, muy malos para todos y también para los infelices pajaritos que no encuentran el apetecido alimento y se ven expuestos a morir de hambre.

No faltan personas caritativas que se preocupan de estas lindas avecillas, ni tampoco niños compasivos que como los del grabado parecen decirles:

Venid aquí pajaritos, vuestra miseria nos da mucha pena, venid, aquí os daremos comida. Nosotros estamos mucho mejor, no nos falta el pan y además tenemos un cuartito muy caliente y una cama blanda y buena, y por ello podemos figurarnos cuánto frío y cuánta hambre pasaréis. No dejéis de venir todos los días.

Y los pajaritos, acosados por el hambre, se acercan al principio con timidez, más después con entera confianza.

Los niños no les infunden miedo ninguno pues han visto un día tras otro que son buenos y la confianza hace que se acerquen cada vez más a ellos.



NIÑOS DESOBEDIENTES

Conclusión.

¿Cómo la previsora doña Irene había tenido el descuido de abandonar la llave de la despensa a merced de la doméstica y de los niños?

Había allí, en el armario, una cazuela con masa para hacer bocadillos de leche frita y una vasija con tapadera de pergamino ajustada por recio bramante, la cual contenía exquisitas peras de dulce que acababan de salir del horno; en los vasos, entre platos y jícara, un repleto azucarero; en la pared, al lado de gruesa ristra de ajos, la llave del cofrecito de las golosinas; en el suelo, un barril medio desvencijado y lleno de castañas.

Y cuando Amalia inspeccionó todo aquello, haciendo un mohín de disgusto, porque nada le satisfacía, puso la mirada en el armario, acercóse al entreabierto mueble, separó una hoja de la puerta interior, y exclamó vivamente:

—¡Aquí están las mantecadas, Jorge!

¡Con cuánta alegría se acurrucó ante el armario!

Metió en él la rubia cabecita, y revolvió las sabrosas mantecadas con la mano derecha, mientras se apoyaba con la izquierda en la otra hoja de la puerta, para no caerse de bruces sobre aquellas codiciadas golosinas.

—¡Pero eso que haces, Amalia, no está bien!—balbuceó Jorge, más concienzudo que su hermanita.

—¿Por qué, tonto?

—¡Si lo supiera mamá!

—¿Y qué? Pues no has oído lo que ha dicho al marcharse: «Si sois buenos, en recompensa os daré dos mantecadas...» ¡Ya se ve que somos buenos! Ahora cogemos dos, y mamá cuando venga nos dará otras dos, y son cuatro... ¡Ea, no hay más que hablar!

¡Vaya si había que hablar!

Doña Irene, terminada la visita en po-

cos minutos, regresaba a su casa y sorprendió a la maritornes en la calle.

—¿Quién cuida de mis hijos, mala criada?—gritó la señora, apoderándose del llavín que tenía aquella.

Subió corriendo las escaleras, abrió la puerta, entró en su casa, escuchó... y la vocecita de Amalia sirvióla de guía hasta la puerta de la despensa.

Desde allí observó a los niños; escuchó la exclamación de alegría de Amelia al descubrir las mantecadas, la juiciosa advertencia de Jorge, la respuesta desabrida, injusta y maliciosa de la niña, y al poner ésta la mano en las mantecadas, para escoger las cuatro que se había prometido, para ella dos y otras dos para su hermano, doña Irene empujó la puerta y entró en la despensa.

—¡Mamá, mamá!—exclamaron juntando las manos en actitud de súplica.

—¡Todo lo he visto y oído! La criada, que os ha dejado solos sale de casa para no volver más; tú, Amalia, principal actriz en la escena desagradable que he sorprendido, castigada hasta las once de la noche en el cuarto obscuro, y sin comer principio ni postre: tú Jorge, por haber hecho observar a tu hermanita que su acción desagradaría a tus papás, aunque no has tenido valor para oponerte a que la ejecutase, no irás al cuarto obscuro, pero no comerás el postre ni probarás las mantecadas. ¡Andando a cumplir mis órdenes!

EL ANTICUARIO

Un anticuario tiene en su tienda cinco viejas esculturas talladas en madera, tan toscamente que apenas si tienen figura

humana. El comerciante las agrupa y les pone el siguiente rótulo:

«Los cinco sentidos.»

Un día aparece un comprador que se lleva una de las figuras. El anticuario coloca en la vidriera las cuatro restantes con este título:

«Las cuatro estaciones»

Surge de nuevo un cliente, quien adquiere otras de las estatuillas. Entonces el anticuario cambia nuevamente el rótulo, y pone:

«Las tres Gracias.»

Poco después, consigue vender otra de las tallas, y se ve obligado a cambiar nuevamente la denominación:

«Adán y Eva.»

Finalmente, y cuando sólo le resta una de las estatuillas, encuentra esta denominación sugestiva y atrayente:

«Abandonado.»

¡ABRE BIEN LOS OJOS!

(Conclusión)

—No, no—respondió ésta sonriendo;—es que he tenido los ojos bien abiertos.

Cogió a Luisa de la mano y se fueron corriendo a reunirse con sus alegres compañeras.

Durante todo el día Raquel abría mucho los ojos, y al volver a casa iba recordando con placer todos los pequeños favores que había hecho a sus amigas. Al separarse de Luisa le prometió ir a pasar la tarde con ella; si mamá me lo permite—añadió.

Después de haber conseguido este permiso, nuestra pequeña Raquel entró en la

cocina, sorprendiéndose al encontrar a Brígida, la cocinera, sentada tristemente delante de la mesa, teniendo enfrente una hoja de papel, como para escribir una carta.

—¡Ah! ¿Es usted, señorita Raquel?—exclamó la muchacha.—Yo la suplico que venga a auxiliarme. Vea usted, por más esfuerzos que hago no acierto a escribir una carta a mi pobre madre, que está tan lejos..., siempre llorando por no tener noticias mías.

Raquel tomó el pliego y quiso descifrar aquellos caracteres que la pobre Brígida intentó trazar, resultando verdaderos logogrifos indescifrables.

—Cuando tenga tiempo te escribiré esta carta, Brígida —la dijo la niña.

—Yo quisiera escribirla esta tarde señorita, ¿no podría usted? Mi primo Miguel acaba de llegar y dice que mi pobre madre está afligidísima porque no sabe de mí; me cree muerta. ¡Oh, señorita! escríbame.

—Esta tarde no puedo; mañana.

—Mi primo se va esta noche y quisiera que se la llevase.

—No importa, hay correo todos los días; y yo estoy invitada por mi amiga Luisa a pasar la tarde con ella, ya ves, Brígida, me espera y no puedo faltar.

Brígida se calló; pero dejando caer la cabeza sobre la mesa empezó a sollozar.

Raquel se marchó saliendo a la calle, donde el aire fresco de la tarde, el canto de los pájaros, el perfume de las flores hicieron su paseo bien agradable, sobre todo después de las pesadas horas que había pasado en el colegio.

Después pensaba en todo lo que le ha-

bían dicho sus amigas Luisa, Carolina, Emma, que jugarían al croquet y habría crema y pastelillos, mil cosas. A estas alegres ideas se mezclaba un pesar, el recuerdo de la pobre Brígida tan triste, el de su anciana madre, que esperaba noticias hacía un año. Los sollozos de la pobre muchacha no se la olvidaban.

—Pues no iré a casa de Luisa—exclamó Raquel—y volviendo sobre sus pasos se dirigió de nuevo hacia su casa y entró en la cocina. Brígida no había cambiado de posición.

—¡Brígida!—dijo dulcemente Raquel—ve a mi cuarto y trae mi pupitre, voy a escribirte la carta.

Brígida no se hizo repetir la orden, llena de alegría fué y volvió en pocos minutos.

Raquel, la bondadosa niña, que sólo tenía nueve años, se puso a escribir la carta sobre papel satinado y perfumado, no sin suspirar por haber sacrificado una tarde de diversión por escribirla.

Quando concluyó se la leyó a Brígida, y ésta no sabía cómo agradecer aquel favor a su amable señorita.

Estas expresiones de gratitud y la voz de su corazón, diciéndola que había cumplido con su deber, fueron la recompensa de Raquel.

Quando entró en el salón corrió hacia su tía diciéndola:

—¡Tía querida! ya comprendo su recomendación de «abrir bien los ojos», lo hice hoy y seguiré haciéndolo toda mi vida.

—Y Dios te bendecirá, hija mía—respondió la anciana señora.